

# Gente de mar

¡Bellísima estampa marinera la de aquel puerto antiguo de Pasajes, rodeado de montañas verdes, surcada su bahía por airosos veleros y bergantines, mientras sus aguas azules y limpias se replegaban —en las mareas altas— por las riberas, por los flancos y tierra adentro de nuestro pueblo!

¿Os imagináis saliendo de la poética ensenada en miniatura —como sucedía antaño— a cuarenta navíos o galeones, cargados de dos mil "arrantzales" a perseguir ballenas por esos mares de Dios?

El vasco ha sentido el Mar como una conquista de su Raza: lo ha llevado en su espíritu y le ha guiado —en su porfía— su instinto, su arrojo, su ambición y ese afán aventurero que le baila y le hierve en la sangre. No se anduvo en chiquitas. Se perfeccionó con toda la técnica que fue capaz llegando a un grado tal de destreza y denuedo que Antonio Nebrija, en su crónica de los Reyes Católicos, dice: «... los vascos eran gentes sabias en el arte de navegar y esforzados en las batallas marinas, tenían naves y aparejos para ello, y en estas tres cosas eran más instructos que ninguna otra nación del mundo.»

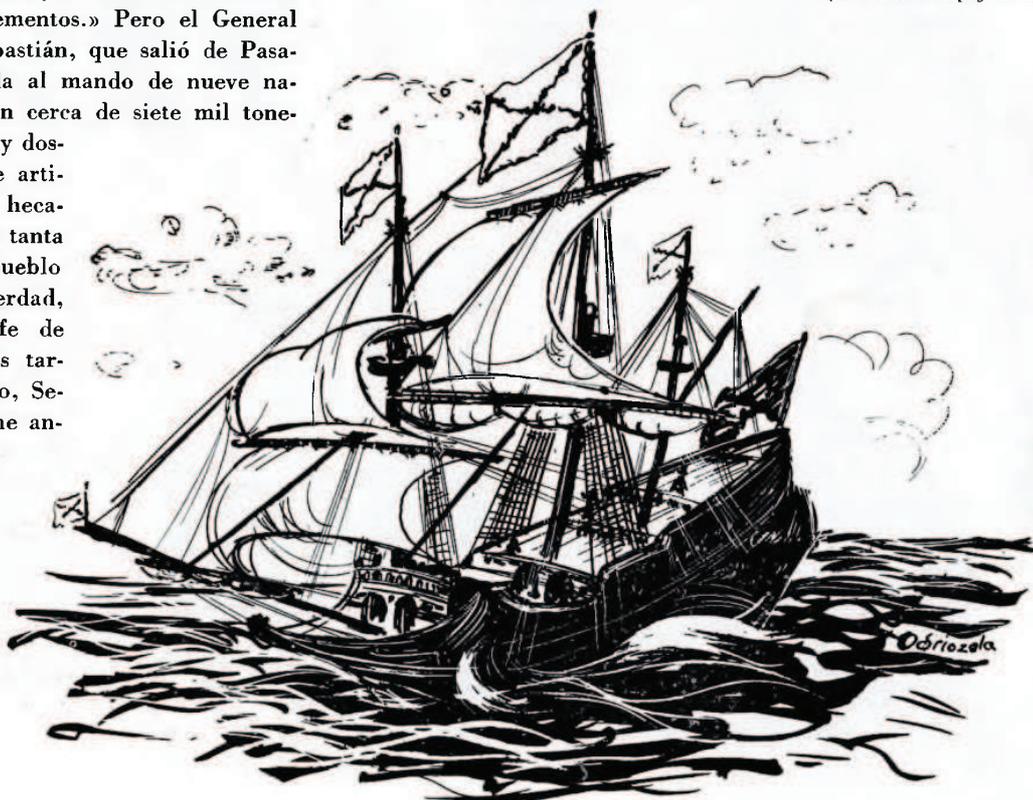
Lo notable del caso es que todo lo hicieron sin una verdadera protección oficial. Los reyes de España, de aquellos siglos, no se cuidaron —con grave error para su Corona— de fortalecer su propio Poder marítimo, apoyándose, para ello, como debieron de hacerlo, en los que demostraban valor y eficacia. Así sucedió que cuando se produjo el gran choque de Imperios —el español y el sajón— la Armada Invencible o Gran Armada Española sufrió un desastre mayúsculo, derrota de la cual Felipe II quiso consolarse soltando aquella frase que se le atribuye: «No he mandado mis naves a luchar contra los elementos.» Pero el General Miguel Oquendo, hijo de San Sebastián, que salió de Pasajes para unirse a la Gran Armada al mando de nueve navíos, una urca y dos pataches, con cerca de siete mil toneladas, dos mil seiscientos hombres y doscientas cuarenta y siete piezas de artillería, se retiraba después de la hecatombe, avergonzado y dolorido de tanta incompetencia, a morir a su pueblo natal. Los «elementos», sí, sería verdad, pero también el desdichado jefe de aquella expedición reconocía más tarde de sí mismo que: «... tengo, Señor, experiencia de lo poco que he andado en la mar, que me mareo, porque tengo muchos reumas...»

Los vascos, desde los primeros tiempos, formaron Cofradías de Mareantes, Hermandades de Marismas, uniéndose, por ellas, con muchos pueblos de la costa española y francesa, inglesa y flamenca, para trabajar la pesca e intercambiar mercancías. La pesca de la ballena, sobre todo.

Cuando a este cetáceo le dio por largarse a aguas más frías, mucho más al Norte, los riesgos, que ya eran enormes, se multiplicaron al infinito, pero allá se fueron en su búsqueda solos los "arrantzales" vascos, tercicos y osados, logrando, de paso, descubrir —tal vez al azar— dos cosas de las cuales no se tenía noticia en España: la costa Occidental de una nueva tierra —«Terranova»— y el bacalao, que se llame así o abadejo, curadillo o truchuela, como se dice en el Quijote, el caso es que hoy nos chupamos los dedos de gusto con su bocado exquisito y sus deliciosas salsas. Muchos nombres vascos han quedado —como una estela— de estas andanzas: Placencia, petit Placencia, Andía, Mikele, Portu Opor, Portu Portuchocoa, Ulcillo, Barrachoa, Ederra, Auguchar, Echaide Portu, etc., y muchos más.

En el terreno práctico, el vasco que es codicioso pero organizado, estableció contactos comerciales y mercantiles por medio de sus Cofradías y Hermandades, hacia el siglo XIV, especialmente con el Hansa Teutónica, en Flandes, que, probablemente, tendría parecida estructura que aquéllas. A Brujas, en Flandes, llegaban de recalada final los géneros y productos que Burgos recogía de toda Castilla —cuando estaban en el apogeo de su riqueza— y los enviaba para su embarque a los puertos vascos, a Pasajes destacadamente. En Brujas, la encantadora, entre sus puentes románticos y sus museos de primitivos y flamencos, estuvo el Consulado de los Vascongados, un edificio de estilo renacimiento, suntuoso y decorativo, que gozaba de gran autonomía y renombre. Aún queda la plaza, des Viscaiens, que dice algo sobre ello. A su vez, el Hansa Teutónica mantenía

(Continúa en la página 38)



La obscuridad de la noche se llena de carcajadas sonoras, vahos de aliento caliente y toses de «contra-kostarri». Todos hemos podido comprobar que este angulero locuaz y vivaracho anda a torta limpia con la lengua de Aitor. Pero no es él quien menos se ríe. Dice que él ya se entiende... Menos mal.

El agua llega ya en oleadas, que resultan ruidosas en el silencio de la noche, a las cercanías de «Presas». Los anguleros entran en acción. Se perciben chapoteos en las aguas oscuras y las conversaciones han cesado. Unos bichitos transparente y babositos están a punto de rendir viaje. Un viaje iniciado a muchísimas millas de «Presas», al otro lado del Atlántico. ¿Qué misterioso impulso les anima a visitar las aguas donde crecieron sus progenitores? Nadie lo sabe. ¿No será que les gusta suicidarse en las «baías» de estos pacientes y joviales anguleros de mi pueblo? Ellas no mueren en motrullón, como unas pescadillas cualesquiera, apresadas en una red antipática y áspera. Los anguleros de mi pueblo las recogen con suavidad en sus «baías». Y ellas se suicidan muy poco a poco: «¡Hala, ahora tú!» «Ahora, vosotras dos.» «Ahora, yo.»

El angulero, lo he dicho antes, es un ser sufrido, paciente, jovial. Lo he podido comprobar. Aguanta la fría noche tomándole el pelo a la luna. Y a las estrellas, si es preciso. Es un pequeño artesano. El se fabrica su «baía», su caja, su gancho y hasta creo que su farol y su vela. No utiliza ningún cebo engañoso tras el que se esconda traicionero anzuelo. En sus pescas no hace aparición la sangre. Todo es suave y simpático. No le importa que su caja —¡con qué ingenio fabricada!— vaya recibiendo huéspedes de uno en uno, de dos en dos... El chiste surge rápido si lo recién pescado no es angula sino algo más gordo e indigno de alber-

garse en su cedazo. Él siempre hace gala de buen humor. Es gracioso, lento y cadencioso el movimiento que imprime a su «baía». El angulero no tiene prisa.

Y las angulas tampoco la tienen en morir. Les gusta la caja del angulero. La llenan de globitos en sus comadros de agonía larga, pero dulce. Agonía suave, sin coletazos ruidosos, sin sangre pringosa. Parece que nunca terminan de morir. Horas y horas después de ser separadas del río, aún se cruzan y entrecruzan, suben y bajan. Hasta en el plato, meta y fin de su existencia, vestidas ya de blanco, parecen tan vivas y escurridizas como cuando se vestían de transparencia. ¡Pena grande que ellas no se enteren de lo grandemente importantes que resultan a la hora de poner precio a sus cadáveres! Entonces —sería el colmo— morirían orgullosas, cantando himnos «sotto voce» —todo lo hacen ellas suavemente— a la noche y al angulero, dueto que las convierte en tema altamente interesante y motivo de preocupación en los medios «tripasais» de mi pueblo.

Esta noche, en la que anguleros y angulas se han visto sorprendidos por la presencia de un extraño, no ha sido de mucho trajín. Pero el intruso ha podido contemplar el cuadro completo. Allí estaban los protagonistas de esta tradicional estampa pescadora de nuestro pueblo: angulas y anguleros. Y, además, la imprescindible noche, marco del cuadro y fondo de la escena. Sin noche —frías y nebulosas de invierno— no hay anguleros, como no hay contrabandistas, ni tierra-tascas, ni gatos enamorados.

Mañana, mis amigos anguleros volverán a sus «puestos». Y pasado mañana. Y al otro.

Rentería mantiene su tradición angulera.

ANTONIO SAINZ ECHEVERRÍA  
del G. M. «URDABURU»

#### Continuación de «GENTE DE MAR» (Viene de la página 36)

en San Sebastián sus agentes, los llamados Esterlines, nombre que si a primera vista pudiera tener algún enlace con la moneda inglesa no era así, sin embargo, siendo su influencia y significación tan grandes, que ha merecido de los donostiarros que una calle koxkera lleve su nombre.

En el poema «Heroico» del Mar, el de las grandes hazañas, los guipuzcoanos manejaron la batuta con aliento épico como descubridores de tierras y mares, como navegantes de altura, en expediciones larguísimas a las Indias y diversos Continentes, como guerreros de alcurnia. Citar algunos nombres nos releva de detalles propios de la gran historia: Elcano, Legazpi, Urdaneta, Inciarte (en el siglo XVIII), la Compañía de Caracas, Oquendo, Churruca, los Villaviciosa (de Pasajes), Machín, Uranzu, Zubiaurre (mitad corsario), Irigoyen, estos cuatro de Rentería. Zubiaurre, reposa en la iglesia de nuestro pueblo, e Irigoyen regaló a la capilla del Rosario, de Rentería, la bandera que conquistó al Inglés. En un medallón aparte, como algo verdaderamente impresionante, Blas de Lezo, que era de Pasajes de San Pedro, «cojo, manco y tuerto», resistiendo impávido al petulante Inglés en Cartagena de las Indias, donde yace, olvidado por nosotros. Junto al Hospital de San Antonio, de San Sebastián, hay un pequeño museo, la casa de Oquendo. Visitadla.

Algunas cualidades humanas del vasco —demasiado humanas, tal vez— empujaron a éste a la vida del corsario, del pirata, del negrero: estas vidas están llenas de leyendas, de

fantasías, de aventuras, pero también de realidades que llevan como estandarte la ley del más fuerte y la falta de escrúpulos, dando esta mezcla de valores, como producto, la Novela del Mar, de máximo interés humano: ejemplo, Shanti Andía, Pilotos de Altura, el Capitán Chimista, de Baroja.

En el «andante cantabile» de esta sinfonía incluimos a los industriales como Guilisasti, creador de las grandes anclas, en los terrenos de la Fandería, del Marqués de Iranda, y a su sucesor Gamón; a los hombres de ciencia, cosmógrafos, como Ferrer, de Pasajes, y a Martín Zubieta, de Rentería; a los constructores de barcos. Los astilleros más importantes eran los de Oria y Pasajes. Aquí, nombres tan simpáticos como sonoros: Bordalaborda, Berrachoco, Basanoaga. En nuestro pueblo, La Lonja, Magdalena, Rivera, El Arrabal, otros sugeridores, como Istillu, Loitarte, Azken Portu, Comporta, Asticho... Y es que Rentería, antes de ser un pueblo «de muchos humos», tuvo gran tradición marinera y gentes de arranque y de vigor.

Sirven estas líneas —recopiladas de un libro del Marqués de Seoane, cedido graciosamente por la dirección de la Real Compañía Asturiana— un poco como añoranza, pero, sobre todo, como homenaje y justicia al temple de aquellos bravos, de los cuales no nos enorgullecemos nunca lo bastante de contarlos entre nuestros antepasados.

LUIS SAMPERIO